

Ludwig von Mises

Gobierno omnipotente
[En nombre del Estado]



Unión Editorial

2017

Título original:
Omnipotent Government. The Rise of Total State and Total War.
© 1944 Ludwig von Mises
Yale University Press
Traducción de PEDRO ELGOIBAR

© 2017 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-377-5

Depósito legal: M-24.578-2017

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota del Editor

Este libro tiene su origen en un ensayo que Mises escribió en alemán, en Ginebra, en 1938/39, poco antes de trasladarse a Estados Unidos (agosto de 1940). El ensayo se publicó póstumo en 1978 (Mises había muerto en 1973) bajo el título *Im Namen des Staates: oder Die Gefahren des Kollektivismus* [En nombre del Estado: Los peligros del colectivismo] (Stuttgatr: Bonn Aktuell, 262 páginas), con un prólogo de Alfred Müller-Armack.

Mientras tanto, en 1944 apareció la edición inglesa con el título *Omnipotent Government: The Rise of the Total State and Total War*, que recogía sustancialmente el ensayo ginebrino, junto con otros materiales.

Aunque nuestra edición siga puntualmente la definitiva edición inglesa, hemos creído oportuno añadir como subtítulo el título originario de *En nombre del Estado*, que expresa perfectamente la idea central de este libro, sin duda alguna uno de los más importantes de Ludwig von Mises.

Índice

Prefacio	11
Introducción	15

Primera Parte

El colapso del liberalismo alemán

1. <i>El liberalismo alemán</i>	41
1. El antiguo régimen y el liberalismo	41
2. La debilidad del liberalismo alemán	47
3. El ejército prusiano	48
4. El conflicto constitucional en Prusia	53
5. El programa de los «Pequeños Alemanes».....	55
6. El episodio Lassalle	58
2. <i>El triunfo del militarismo</i>	61
1. El ejército prusiano en el nuevo Imperio alemán.....	61
2. El militarismo alemán.....	64
3. Los liberales y el militarismo	70
4. La explicación más corriente del militarismo	72

Segunda Parte

Omnipotencia gubernamental

3. <i>El estatismo</i>	77
1. La nueva mentalidad.....	77

2. El Estado	79
3. Las doctrinas políticas y sociales del liberalismo	82
4. El socialismo.....	86
5. El socialismo en Rusia y en Alemania.....	92
6. El intervencionismo.....	96
7. Estatismo y proteccionismo	107
8. Nacionalismo económico y precios del monopolio..	111
9. La autarquía	116
10. Proteccionismo alemán.....	119
4. <i>Estatismo y nacionalismo</i>	125
1. El principio de nacionalidad.....	125
2. El grupo lingüístico	132
3. El liberalismo y el principio de nacionalidad.....	139
4. Nacionalismo agresivo	144
5. Imperialismo colonial	148
6. Inversiones extranjeras y préstamos extranjeros	154
7. La guerra total	158
8. El socialismo y la guerra	163
5. <i>Refutación de algunas explicaciones erróneas</i>	169
1. Las deficiencias de las explicaciones corrientes	169
2. La supuesta irracionalidad del nacionalismo.....	170
3. La doctrina aristocrática	175
4. Darwinismo mal entendido	181
5. El papel del chovinismo	183
6. El papel de los mitos	187
6. <i>Las características del nacionalismo alemán</i>	193
1. El despertar	193
2. La afirmación del pangermanismo	196
3. El nacionalismo alemán en un mundo estatista	202
4. Crítica del nacionalismo alemán	205
5. El nazismo y la filosofía alemana.....	208

6. El polilogismo.....	212
7. Pangermanismo y nazismo	218
7. <i>Los social-demócratas en la alemania imperial</i>	221
1. La leyenda	221
2. El marxismo y el movimiento obrero	223
3. Los trabajadores alemanes y el Estado alemán	229
4. Los social-demócratas en el sistema de castas alemán	238
5. Los social-demócratas y la guerra	242
8. <i>Antisemitismo y racismo</i>	247
1. El papel del racismo.....	247
2. La lucha contra la mentalidad judía	254
3. Intervencionismo y discriminación legal contra los judíos.....	263
4. La «puñalada por la espalda».....	270
5. El antisemitismo como factor de la política internacional	272
9. <i>La República de Weimar y su caída</i>	279
1. La Constitución de Weimar	279
2. La abortada socialización.....	292
3. Los partidos armados	297
4. El Tratado de Versalles	303
5. La depresión económica	312
6. El nazismo y los trabajadores alemanes.....	314
7. Las críticas extranjeras al nazismo	317
10. <i>El nazismo como problema mundial</i>	327
1. Ámbito y limitaciones de la historia	327
2. La falacia del concepto de «carácter nacional»	329
3. El Rubicón de Alemania	333
4. La alternativa	338

Cuarta Parte
El futuro de la civilización occidental

11. <i>Las ilusiones de la planificación mundial</i>	343
1. El término «planificación»	343
2. El complejo de dictadura	345
3. Un Estado mundial.....	347
4. La producción planificada	350
5. Convenios comerciales con el exterior.....	356
6. Planificación monetaria.....	358
7. Planificación internacional de las transacciones de capital.....	362
12. <i>Planes de paz</i>	365
1. Control de armamentos	365
2. Crítica de otros planes propuestos.....	370
3. La unión de las democracias occidentales.....	377
4. La paz en la Europa oriental.....	385
5. Los problemas de Asia.....	393
6. El papel de la Sociedad de Naciones	396
Conclusión.....	401
Índice de nombres	411

Prefacio

Al tratar de los problemas de política social y económica, las ciencias sociales no tienen en cuenta más que un punto: si las medidas propuestas son adecuadas realmente para producir el efecto que buscan sus autores, o si darán por resultado un estado de cosas que —desde el punto de vista de quienes las apoyan— es aún más indeseable que el anterior que se tenía intención de cambiar. El economista no sustituye con su propio juicio el de sus conciudadanos sobre lo deseable de los fines últimos. Se limita a preguntar si los fines perseguidos por las naciones, los gobiernos, los partidos políticos y los grupos de presión pueden alcanzarse realmente con los métodos propuestos para su realización.

La tarea, no hay duda, es ingrata. La mayoría de las personas son intolerantes respecto a toda crítica de sus principios sociales y económicos. No comprenden que las objeciones se refieren únicamente a métodos inadecuados y no discuten la última finalidad de sus esfuerzos. No están dispuestas a admitir la posibilidad de que los fines perseguidos pueden lograrlos más fácilmente siguiendo los consejos de los economistas que desdeñándolos. Llamen enemigo de su país, de su raza, o de su grupo a quien ose criticar sus principios.

Ese terco dogmatismo es pernicioso y una de las causas fundamentales del actual estado de cosas en el mundo. El economista que afirma que la fijación de salarios mínimos no es una manera adecuada para conseguir que suba el nivel de vida no es antiobrerista ni enemigo de los trabajadores. Al sugerir métodos más apropiados para mejorar el bienestar del asalaria-

do, contribuye, por el contrario, en la medida que puede, a su prosperidad.

Señalar las ventajas que el funcionamiento del capitalismo reporta a todo el mundo no equivale a defender los intereses creados de los capitalistas. El economista que durante cuarenta o cincuenta años abogó por la preservación del sistema de propiedad privada y de libre empresa no combatía por los egoístas intereses de clase de los entonces ricos. Quería que se les dejaran las manos libres a los desconocidos coetáneos suyos que no tenían dinero pero tuvieron talento para crear las nuevas industrias que hoy hacen más agradable la vida del hombre corriente. Ciertamente muchos de los pioneros de la transformación económica se enriquecieron. Pero hicieron su fortuna suministrando al público automóviles, aviones, aparatos de radio, frigoríficos, películas cinematográficas y una gran variedad de innovaciones menos espectaculares pero no menos útiles. Estos nuevos productos no fueron obra de centros oficiales ni de burócratas. Ni un solo perfeccionamiento técnico puede atribuirse a los soviéticos. Lo más que han hecho los rusos ha sido copiar perfeccionamientos de los capitalistas, a quienes siguen denigrando. La humanidad no ha llegado al estado de última perfección técnica. Queda mucho campo para otros progresos y para mejorar la vida. El espíritu creador e inventor sigue subsistiendo a pesar de lo que se diga en contrario. Pero no florece más que donde hay libertad económica.

Un economista que demuestre que una nación (llamémosla Thule) perjudica sus propios intereses esenciales en la gestión del comercio exterior y en su actitud respecto a las minorías internas, no es enemigo de Thule ni de su pueblo.

Es inútil aplicar adjetivos a los críticos de una política inadecuada y sospechar de sus motivos. Se podrá acallar la voz de la verdad, pero no se puede lograr que una política inadecuada sea adecuada.

Los defensores del control totalitario califican de negativa la actitud de sus adversarios. Pretenden que mientras ellos exigen que mejoren las condiciones insatisfactorias, los otros se empe-

ñan en que los males perduren. Así no se hace más que juzgar las cuestiones sociales desde el punto de vista de burócratas de espíritu estrecho. Sólo a los burócratas se les puede ocurrir que las únicas medidas que pueden ser consideradas como positivas y beneficiosas son las que crean nuevas oficinas, promulgan nuevos decretos y aumentan el número de funcionarios, mientras que todo lo demás es pasividad y quietismo.

El programa de la libertad económica no es negativo. Aspira positivamente al establecimiento y preservación del sistema de economía de mercado, basado en la propiedad privada de los medios de producción y en la libertad de empresa. Aspira a la libre competencia y a la soberanía del consumidor. Como lógica consecuencia de estas aspiraciones, los verdaderos liberales se oponen a todas las tentativas para sustituir por el control del gobierno el funcionamiento de una economía de mercado sin trabas. *Laissez faire, laissez passer* no significa «que perduren los males». Significa por el contrario: no intervengáis en el funcionamiento del mercado, porque la intervención reducirá fatalmente la producción y empobrecerá a la gente. Significa, además, no abolir ni cercenar el sistema capitalista, que, a pesar de todos los obstáculos que le han puesto los gobiernos y los políticos, ha hecho que suba de un modo que no tiene precedentes el nivel de vida de las masas.

La libertad no es, como afirmaron los precursores alemanes del nazismo, un ideal negativo. El que un concepto sea expresado en forma afirmativa o negativa es simplemente cuestión de lenguaje. La expresión librarse de la miseria equivale a aspirar a un estado de cosas en que la gente esté mejor provista de artículos necesarios. La libertad de palabra equivale a un estado de cosas en que todo el mundo pueda decir lo que quiera.

En el fondo de las doctrinas totalitarias yace la creencia en que los gobernantes son más sensatos y tienen más visión que los gobernados y saben mejor que éstos lo que les conviene. Werner Sombart, durante muchos años fanático paladín del marxismo y después no menos fanático paladín del nazismo, fue lo bastante audaz para afirmar francamente que al *Führer*

le daba las órdenes directamente Dios, supremo Führer del universo, y que la *Führertum* es una revelación permanente.¹ Quien admite esto debe, obviamente, dejar de poner en duda la conveniencia de la omnipotencia gubernamental.

Quienes disienten de esta teocrática justificación de la dictadura invocan el derecho a discutir libremente los problemas en cuestión. No escriben Estado con mayúscula. No titubean en analizar las metafísicas nociones del hegelismo y del marxismo. Reducen toda esa grandilocuente oratoria a una simple pregunta: ¿Son los medios sugeridos adecuados para lograr los fines que se persiguen? Al contestarla esperan prestar un servicio a la gran mayoría de sus conciudadanos.

¹ *Deutscher Sozialismus*, Charlottenburg, 1934, p. 213. Edición americana, *A New Social Philosophy*, trad. de F.K. Geiser, Princeton 1937, p. 194.

Introducción

I

El punto esencial en los planes del partido obrero nacional-socialista alemán es la conquista del *Lebensraum* para los alemanes, es decir, de un territorio lo bastante extenso y rico en recursos naturales que les permita vivir con autosuficiencia económica y en un nivel no inferior al de cualquier otra nación. Es obvio que este programa, que desafía y amenaza a todas las demás naciones, sólo puede llevarse a cabo mediante el establecimiento de una hegemonía mundial alemana.

El rasgo distintivo del nazismo no es el socialismo, el totalitarismo, o el nacionalismo. Los «progresistas» de todas las naciones ansían sustituir el capitalismo por el socialismo. Mientras luchan contra los agresores alemanes, Gran Bretaña y los Estados Unidos van adoptando paso a paso el modelo alemán de socialismo. La opinión pública de ambos países está plenamente convencida de que en tiempo de guerra es inevitable el completo control de la vida económica por parte del gobierno, y muchos políticos eminentes y millones de electores están firmemente resueltos a mantener el socialismo después de la guerra como un nuevo orden social permanente. Tampoco la dictadura ni la violenta opresión de los disidentes son rasgos peculiares del nazismo. Ambas constituyen la forma de gobierno soviética, y como tales las propugnan en todo el mundo los numerosos amigos de la Rusia de hoy. El nacionalismo —producto de la intervención gubernamental en la vida económica, como se expondrá en este libro— determina en nuestro tiempo

la política extranjera de todos los países. Lo que caracteriza a los nazis como tales es su género especial de nacionalismo, su lucha por el *Lebensraum*.

Esta aspiración nazi no difiere, en principio, de los fines que perseguían los primeros nacionalistas alemanes, cuyo grupo más radical se definió, en los tres decenios anteriores a la Primera Guerra Mundial, *Alldeutsche* (pangermánico). Esa ambición fue la que arrastró a la Alemania del Keiser a la Primera Guerra Mundial y la que —veinticinco años después— hizo estallar la Segunda.

El programa del *Lebensraum* no puede hacerse remontar ni a las primeras ideologías alemanas ni a los precedentes en la historia germana de los últimos quinientos años. Alemania tuvo sus chovinistas como los han tenido los demás países. Pero chovinismo no es nacionalismo. El chovinismo es la sobrevaloración de los triunfos y cualidades de una nación y el menosprecio de otras; en sí, no lleva a la acción. El nacionalismo, en cambio, es un plan de acción política y militar y el intento de llevarlo a la práctica. La historia alemana, como la de otros países, es la crónica de príncipes ávidos de conquistas; pero sus emperadores, reyes y duques deseaban adquirir riqueza y poder para ellos y para su casta, no el *Lebensraum* para su país. El agresivo nacionalismo alemán es un fenómeno de los últimos sesenta años. Tiene su origen en las condiciones económicas y en la política económica más recientes.

Tampoco se debe confundir el nacionalismo con la aspiración al gobierno popular, a la autodeterminación nacional y a la autonomía política. Cuando los liberales alemanes del siglo XIX aspiraban a sustituir por un gobierno democrático de toda la nación alemana el régimen tiránico de unos treinta príncipes, no acariciaban propósitos hostiles contra ninguna otra nación. Querían desembarazarse del despotismo y establecer un régimen parlamentario. No tenían la intención de incorporar al Estado alemán de sus sueños los territorios polacos e italianos que habían conquistado sus príncipes; simpatizaban, por el contrario, con los liberales polacos e italianos que aspiraban a

establecer democracias independientes en Polonia y en Italia. Ansiaban promover el bienestar de la nación alemana, pero no creían que oprimir a naciones extranjeras o hacer daño a extranjeros fuera la mejor manera de servir a su propia nación.

El nacionalismo tampoco se identifica con el patriotismo. El patriotismo es una ferviente aspiración al bienestar, florecimiento y libertad de la patria. El nacionalismo es uno de los varios métodos propuestos para el logro de estos fines. Pero los liberales arguyen que los procedimientos recomendados por el nacionalismo son inadecuados, y que su aplicación no sólo no logra los fines que se persiguen, sino que, por el contrario, acaba por ser desastrosa para la nación. También los liberales son patriotas, pero sus opiniones respecto al buen camino hacia la prosperidad y la grandeza nacional difieren radicalmente de las de los nacionalistas. Recomiendan el libre cambio, la división internacional del trabajo, la buena voluntad y la paz entre naciones, no en consideración a los extranjeros, sino para lograr la felicidad de su propio país.

El nacionalismo se propone lograr el bienestar de toda la nación o de grupos nacionales perjudicando a los extranjeros. El método principal del nacionalismo moderno es la discriminación contra los extranjeros en el ámbito económico. Los productos extranjeros quedan excluidos del mercado doméstico o no son admitidos sino después del pago de un derecho de importación. A la mano de obra extranjera se le impide competir en el mercado de trabajo nacional. El capital extranjero puede ser víctima de confiscaciones. Así, el nacionalismo económico dará como resultado la guerra siempre que los perjudicados se crean lo bastante fuertes para barrer mediante la violencia las medidas perjudiciales para su propio bienestar.

La política de una nación forma un todo unitario. La política exterior y la política interna están estrechamente ligadas, no son más que un sistema y se condicionan mutuamente. Así como el libre cambio era el complemento de la libertad económica interna, el nacionalismo económico es el corolario de la actual política interior de intervención en la economía y de planifica-

ción nacional. Puede haber proteccionismo en un país en que el comercio interior es libre, pero donde el comercio exterior no es libre el proteccionismo es indispensable. El poder de un gobierno queda limitado al territorio sujeto a su soberanía. No puede interferir directamente en las condiciones externas a su territorio. Donde hay libre cambio, la competencia extranjera podría incluso, a corto plazo, frustrar los objetivos perseguidos por las diversas medidas intervencionistas del gobierno en la economía nacional. Cuando el mercado interior no está en cierta medida aislado de mercados extranjeros, no puede haber cuestión de control gubernamental. Cuanto más avanza una nación hacia la regulación y la reglamentación públicas, más se ve impelida hacia el aislamiento económico. La división internacional del trabajo llega a hacerse sospechosa porque impide el pleno uso de la soberanía nacional. La tendencia hacia la autarquía es esencialmente una tendencia de la política económica nacionalista; es el resultado de querer hacer al Estado omnipotente en el ámbito económico.

En un mundo de libre cambio y democracia no hay incentivos para la guerra y la conquista. No importa tampoco que la soberanía de una nación se extienda sobre un territorio extenso o sobre un territorio reducido. Sus ciudadanos no pueden obtener beneficios de la anexión de una provincia. Los problemas territoriales pueden, pues, ser tratados sin prejuicios y sin apasionamiento, y no cuesta ser equitativos respecto a las aspiraciones de otros pueblos a la autodeterminación. La Gran Bretaña librecambista no ponía reparos en conceder la condición de *dominion*, es decir, la autonomía virtual y la independencia política, a colonias ultramarinas, y cedió las Islas Jónicas a Grecia.

Suecia no recurrió a las armas para impedir la ruptura del lazo que la unía a Noruega; la casa real de Bernadotte perdió su corona noruega, pero al ciudadano sueco le tuvo sin cuidado que su rey fuera soberano de aquel país o no.

En la época del liberalismo se creía que los plebiscitos y las decisiones de los tribunales internacionales zanjarían pacífica-

mente las disputas entre naciones. Lo que se necesitaba para salvaguardar la paz era el derrocamiento de los regímenes anti-liberales. Se entendía que ciertas guerras y revoluciones seguían siendo inevitables para eliminar a los últimos tiranos y destruir algunas barreras económicas que todavía existían. Logrado eso, no habría ya motivo para más guerras. La humanidad se encontraría en situación de poder consagrar todos sus esfuerzos al logro del bienestar general.

Pero mientras los filántropos se complacían en describir las bendiciones de esta utopía liberal, no comprendieron que venían gestándose nuevas ideologías para suplantar al liberalismo y modelar un nuevo orden que despertaría antagonismos para los cuales no se podría encontrar una solución pacífica. No lo vieron, porque consideraban esas nuevas ideologías y políticas como la continuación y realización de los postulados esenciales del liberalismo. El antiliberalismo ha conquistado la opinión popular enmascarado de auténtico y genuino liberalismo. Quienes hoy se consideran liberales defienden programas totalmente opuestos a los postulados y doctrinas del viejo liberalismo. Menosprecian la propiedad privada de los medios de producción y la economía de mercado, y defienden con entusiasmo métodos totalitarios de gestión económica. Luchan por un gobierno omnipotente y aceptan positivamente cualquier medida que otorgue mayor poder a los burócratas y a las entidades gubernamentales. Condenan como reaccionarios y retrógrados en economía a quienes no comparten su predilección por la reglamentación.

Estos, que se consideran liberales y progresistas, están sinceramente convencidos de que son verdaderos demócratas. Pero su idea de democracia es el polo opuesto de la del siglo XIX. Confunden la democracia con el socialismo. Y no sólo no advierten que socialismo y democracia son incompatibles, sino que creen que sólo el socialismo equivale a la verdadera democracia. Atrapados en esta confusión, entienden que el sistema soviético es una variedad de gobierno popular.

Durante más de sesenta años, los gobiernos y los parlamentos europeos han tratado de obstaculizar el funcionamiento del

mercado, de interferir en la vida económica y de paralizar el capitalismo. Han ignorado alegremente las advertencias de los economistas. Han erigido barreras aduaneras, han fomentado la expansión del crédito y la política de dinero barato y han recurrido al control de los precios, a la fijación de los salarios mínimos y a las expropiaciones. Han transformado la tributación en confiscación y en expropiación y han proclamado que el mejor método de aumentar la riqueza y el bienestar consiste en gastar sin tasa. Pero cuando fueron haciéndose más y más palmarias las inevitables consecuencias de esa política, vaticinadas mucho tiempo antes por los economistas, la opinión pública no echó la culpa a esa querida política; acusó al capitalismo. A los ojos del público, la causa radical de la depresión económica y del paro, de la inflación y del alza de precios, del monopolio y del despilfarro, de la inquietud social y de la guerra, no era la política anticapitalista, sino el capitalismo.

El fatal error que frustró todos los esfuerzos para salvaguardar la paz fue precisamente que la gente no comprendió que sólo en un mundo de capitalismo puro, perfecto y sin trabas, no hay incentivos para la agresión y para la conquista. Al presidente Wilson le guió la idea de que sólo los gobiernos autocráticos son guerreros, mientras que las democracias no pueden obtener beneficios de la conquista y por lo tanto se aferran a la paz. Lo que ni el presidente Wilson ni los demás fundadores de la Sociedad de Naciones vieron fue que eso es válido únicamente dentro de un sistema de propiedad privada de los medios de producción, de empresa libre y de economía de mercado sin obstáculos. En nuestro mundo de estatismo, en que todas las naciones aspiran al aislamiento y a la autarquía, es una equivocación afirmar que ningún hombre puede beneficiarse de la conquista. En estos tiempos de barreras comerciales y a la inmigración, de control de cambios de moneda exterior y de expropiación de capitales extranjeros, hay amplios incentivos para la guerra y la conquista. Casi todos los ciudadanos están materialmente interesados en la anulación de medidas mediante

las cuales pueden perjudicarles los gobiernos extranjeros. Casi todos los ciudadanos desean ver que su propio país es fuerte y poderoso por cuanto espera obtener una ventaja personal del poder unilateral del Estado; la ampliación del territorio sujeto a la soberanía de su propio Estado significa, por lo menos, un alivio de los males que le ha infligido un gobierno extranjero.

Podemos, por el momento, abstenernos de tratar el problema de si la democracia puede sobrevivir bajo un sistema de intervención gubernamental en la vida económica o de socialismo. De lo que no se puede dudar es de que, bajo el estatismo, el ciudadano corriente se vuelve agresivo si se cuenta con una perspectiva favorable de triunfos militares. Las naciones pequeñas no pueden menos de ser víctimas del nacionalismo económico de otras naciones. Pero las grandes naciones ponen su confianza en el valor de sus fuerzas armadas. La belicosidad actual no es fruto de la ambición de los príncipes o de las oligarquías de los Junker; es una política de grupos de presión cuyo rasgo distintivo radica en los métodos aplicados, no en los incentivos ni en los motivos. Los trabajadores alemanes, italianos y japoneses luchan por un nivel de vida más elevado cuando combaten el nacionalismo económico de los demás países. Se equivocan completamente, pues los medios empleados no son adecuados para alcanzar los fines que persiguen. Pero sus errores son compatibles con las doctrinas de la lucha de clases y de la revolución social, tan ampliamente aceptadas en la actualidad. El imperialismo del Eje no es una política que responda a las aspiraciones de una clase superior. Si tuviéramos que aplicarle los falsos conceptos del marxismo popular, deberíamos llamarle imperialismo del trabajo. Parafraseando el famoso dicho del general Clausewitz, podríamos decir: no es más que la continuación de la política interna por otros medios, la guerra de clases interna elevada a la esfera de las relaciones internacionales.

Durante más de sesenta años todas las naciones europeas se han empeñado en otorgar más poder a sus gobiernos, en aumentar la esfera de la coacción gubernamental, en someter

al Estado todas las actividades y todos los esfuerzos humanos. Sin embargo, los pacifistas han repetido una y otra vez que al ciudadano individual no le importa que su país sea grande o pequeño, poderoso o débil. Han elogiado las bendiciones de la paz mientras millones de personas ponían en todo el mundo sus esperanzas en la agresión y en la conquista. No advertían que la única manera de lograr una paz perdurable consiste en destruir de raíz las causas de las guerras. Ciertamente que estos pacifistas han intentado tímidamente oponerse al nacionalismo económico. Pero nunca han atacado su causa principal, al estatismo —la tendencia hacia el control gubernamental de la vida económica—, por lo que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Claro está que los pacifistas aspiran a una autoridad mundial supranacional que pudiera zanjar pacíficamente los conflictos entre naciones y ejecutar sus decisiones mediante una fuerza policial supranacional. Pero lo que se necesita para la satisfactoria solución del candente problema de las relaciones internacionales no es un nuevo organismo con más comisiones, secretarios, delegados, informes y reglamentos, ni un nuevo cuerpo ejecutivo armado, sino acabar radicalmente con ideologías y políticas internas que desembocan irremediablemente en conflictos. El lamentable fracaso del experimento de Ginebra se debió precisamente a que la gente, influida por las burocráticas supersticiones del estatismo, no comprendió que las oficinas y los funcionarios no pueden resolver ningún problema. El que exista o no una autoridad supranacional con un parlamento internacional tiene muy poca importancia. Lo que realmente se precisa es abandonar las políticas perjudiciales a los intereses de otras naciones. En nuestros tiempos de división internacional del trabajo, el requisito previo para que las naciones traten entre sí amistosamente es el libre cambio; y el libre cambio es imposible en un mundo de estatismo.

Los dictadores nos brindan otra solución. Planean «un Nuevo Orden», un sistema de hegemonía mundial de una nación o de un grupo de naciones, sostenido y salvaguardado mediante

las armas de unos ejércitos victoriosos. Los pocos privilegiados dominarán a la inmensa mayoría de razas «inferiores». Este Nuevo Orden es un concepto muy antiguo. Todos los conquistadores aspiraron a él; Genghis Khan y Napoleón fueron precursores del Führer. La historia ha testimoniado el fracaso de muchos esfuerzos para imponer la paz mediante la guerra, la cooperación mediante la coacción, la unanimidad mediante el exterminio de los disidentes. Hitler no tendrá más éxito en los suyos. Las bayonetas no pueden establecer un orden perdurable. Una minoría no puede gobernar si no cuenta con el consentimiento de los gobernados; aunque consiga gobernar durante algún tiempo, la rebelión de los oprimidos acabará por derrocarla tarde o temprano. Pero los nazis no han tenido ni siquiera la posibilidad de triunfar durante un breve periodo. Su asalto está condenado al fracaso.

II

La actual crisis de la civilización tiene su punto focal en Alemania. Durante más de medio siglo, sólo el Reich ha sido el perturbador de la paz. La principal preocupación de la diplomacia europea en los treinta años que precedieron a la Primera Guerra Mundial consistió en mantener a raya a Alemania mediante diversos planes y argucias. Pero sin la belicosidad alemana, ni el afán de poder de los zares ni los antagonismos y rivalidades de las distintas nacionalidades del sudeste de Europa habrían alterado seriamente la paz del mundo. Cuando en 1914 fallaron las fórmulas de apaciguamiento, se desataron las fuerzas del infierno.

Los frutos de la victoria de los Aliados se perdieron por los defectos de los tratados de paz, por los errores de la política de postguerra y por la gran influencia del nacionalismo económico. En el torbellino de los años que mediaron entre las dos guerras, cuando cada nación se esforzaba en hacer a las demás todo el

daño posible, Alemania se vio libre para preparar un asalto más terrible. Sin los nazis, ni Italia ni Japón habrían sido un serio adversario para las naciones aliadas. Esta nueva guerra es una guerra alemana como lo fue la Primera Guerra Mundial.

No es posible entender los aspectos principales de esta guerra, la más terrible de las que jamás se hayan librado, sin una clara comprensión de los hechos principales de la historia alemana. Hace cien años los alemanes eran totalmente diferentes de lo que son en la actualidad. Su ambición no consistía entonces en superar a los Hunos ni en dejar chiquito a Atila. Sus modelos eran Schiller y Goethe, Herder y Kant, Mozart y Beethoven. Su leitmotiv era la libertad, no la conquista y la opresión. Las fases del proceso que transformó a la nación que los observadores extranjeros definieron en otro tiempo como una nación de poetas y de pensadores en la de las implacables pandillas de las *Sturm-truppen* nazis debería conocerlas todo el que quiera formarse un juicio sobre la situación y los problemas políticos del mundo actual. Conocer las fuentes y las tendencias de la agresividad nazi es de enorme importancia, tanto para la dirección política y militar de la guerra como para el diseño de un orden post-bélico duradero. Muchas equivocaciones se habrían evitado y muchos sacrificios se habrían ahorrado si se hubiera comprendido mejor la esencia y las fuerzas del nacionalismo alemán.

El presente libro se propone trazar un cuadro de los cambios y acontecimientos que han llevado a la situación actual en Alemania y en Europa. Pretende rectificar algunos errores comunes derivados de leyendas que desfiguran de mala manera los hechos históricos y de doctrinas que tergiversan los desarrollos y las cuestiones de la política económica. Se propone tratar todos aquellos puntos de vistas cuya clarificación se precisa para exponer en toda su amplitud el problema nazi en el mundo actual.

III

En la historia de los últimos doscientos años podemos apreciar dos tendencias ideológicas claramente diferenciadas. La primera, en el orden temporal, fue la tendencia hacia la libertad, los derechos del hombre y la autodeterminación. Este individualismo trajo como resultado la caída del régimen autocrático, el establecimiento de la democracia, la evolución del capitalismo, los progresos técnicos y una elevación sin precedentes del nivel de vida. Sustituyó las viejas supersticiones por la ilustración, los prejuicios inveterados por los métodos científicos de investigación. Fue una época de grandes realizaciones artísticas y literarias, una era de músicos, pintores, escritores y filósofos inmortales. Y acabó con la esclavitud, la servidumbre de la gleba, las torturas, la inquisición y otros residuos de épocas sombrías.

En la segunda parte de ese periodo, el individualismo cedió el paso a otra tendencia, la tendencia hacia la omnipotencia del Estado. Los hombres parecen ahora estar empeñados en asignar todos los poderes al gobierno, es decir al aparato de constricción y coacción social. Aspiran al totalitarismo, es decir quieren condiciones en las que todos los asuntos humanos sean dirigidos por los gobiernos. Aclaman todo paso en la dirección de una mayor interferencia gubernamental como un avance hacia un mundo más perfecto; confían en que los gobiernos transformarán la tierra en un paraíso. De un modo característico, en los países actualmente más avanzados hacia el totalitarismo, incluso el uso del tiempo libre del individuo se considera tarea del Estado. El *dopolavoro* en Italia y la *Freizeitgestaltung* en Alemania son campos de legítima y normal intervención gubernamental. Hasta tal punto se hallan los hombres atrapados en los postulados de la idolatría estatal que no se percatan de la paradoja de un tiempo libre regulado por el Estado.

No se propone este libro tratar todos los problemas de la *estatalatría* o *estatismo*. Su horizonte se limita a tratar de las consecuencias del estatismo en las relaciones internacionales.

En nuestro tiempo de división internacional del trabajo, el totalitarismo, en el marco de gobiernos nacionales soberanos, es auto-contradictorio. Consideraciones económicas impelen a todo gobierno totalitario hacia la dominación mundial. El régimen soviético es, en razón del hecho mismo de su fundación, no un régimen nacional, sino un gobierno universal al que sólo unas condiciones adversas le impiden temporalmente el ejercicio del poder en todos los países. Su nombre oficial no contiene ninguna referencia a Rusia. Lenin se proponía que fuera el núcleo de un régimen mundial. En todos los países hay partidos que sólo guardan lealtad a los soviéticos y a cuyos ojos los gobiernos nacionales no son sino usurpadores. No es mérito de los bolcheviques el que estos ambiciosos planes no hayan triunfado hasta ahora ni que la revolución mundial no se haya producido. Los nazis no han cambiado la denominación oficial de su país, el Deutsches Reich. Pero los intelectuales que los apoyan consideran que el Reich es el único gobierno legítimo y sus jefes políticos aspiran abiertamente a la hegemonía mundial. Los dirigentes intelectuales de Japón han sido imbuidos, en las universidades europeas, del espíritu del estatismo, y, de vuelta a la patria, han reavivado el viejo principio de que su divino emperador, el Hijo del Cielo, tiene perfecto derecho a gobernar sobre todos los pueblos. Incluso el Duce, a pesar de la debilidad militar de su país, proclamó su intención de reconstruir el antiguo Imperio Romano. Los falangistas españoles charlatanearon sobre la restauración del imperio de Felipe II.

En semejante atmósfera no queda espacio alguno para la pacífica cooperación de las naciones. La prueba por la cual está hoy pasando la humanidad no es resultado de la actuación de fuerzas naturales incontrolables. Es más bien el inevitable resultado de la influencia de doctrinas y teorías populares aceptadas por millones de nuestros contemporáneos.

Sería, sin embargo, un grave error afirmar que la vuelta a la política liberal, abandonada por las naciones civilizadas hace unas cuantas décadas, curaría esos males y abriría el camino hacia la pacífica cooperación de las naciones y la prosperidad.

Si los europeos y los pueblos de origen europeo en otras partes del mundo no se hubieran rendido al estatismo, no se hubieran embarcado en vastos planes de intervención gubernamental en la vida económica, nuestros recientes desastres políticos, sociales y económicos habrían podido evitarse. Los hombres vivirían hoy en condiciones más satisfactorias y no aplicarían toda su técnica y todas sus facultades intelectuales a su exterminación recíproca. Pero estos años de antagonismo y de conflictos han dejado en la mente humana una profunda marca que no puede ser borrada fácilmente. Han dejado huella en las almas, han desintegrado el espíritu de cooperación y han engendrado odios que no pueden disiparse más que en siglos. En las actuales circunstancias, la adopción de una política de completo *laissez faire* y *laissez passer* por parte de las naciones civilizadas de Occidente equivaldría a una rendición incondicional a las naciones totalitarias. Consideremos, por ejemplo, el asunto de las barreras migratorias. El abrir de par en par las puertas de las Américas, de Australia y de la Europa occidental a la inmigración equivaldría hoy a abrirlas a las vanguardias de los ejércitos de Alemania, Italia y Japón.

El único sistema que hoy puede salvaguardar la coordinación armónica de los esfuerzos pacíficos de los individuos y de las naciones es el sistema, hoy comúnmente denostado, del manchesterismo. Podemos esperar —aunque las esperanzas sean débiles— que los pueblos del mundo democrático occidental estarán dispuestos a reconocerlo y a abandonar sus actuales tendencias totalitarias. Pero no hay duda de que a la inmensa mayoría de los hombres les atraen mucho más las ideas militaristas que las del liberalismo. Lo más que se puede esperar en el futuro inmediato es la división del mundo en dos sectores: uno occidental, liberal, democrático y capitalista, con una población aproximada de la cuarta parte de la población total mundial, y otro oriental, militarista y totalitario, que comprende la mayor parte de la superficie de la tierra y de su población. Este estado de cosas forzará a Occidente a adoptar políticas defensivas que dificultarán seriamente sus

esfuerzos para que la vida sea más civilizada y las condiciones económicas más prósperas.

Incluso esta melancólica imagen puede resultar demasiado optimista. No hay señales de que los pueblos de Occidente se dispongan a abandonar su política estatista. Y así no podrán renunciar a la guerra económica ni al nacionalismo económico, ni establecer pacíficas relaciones mutuas. Por ello nos encontraremos en la misma situación en que se encontró el mundo en el periodo que medió entre las dos guerras mundiales. Y el resultado será una tercera guerra más terrible y más desastrosa que las anteriores.

La última parte de este libro se propone analizar las condiciones que podrían preservar, al menos para las democracias occidentales, cierto grado de seguridad política y económica. Se propone averiguar si es posible imaginar algún plan mediante el cual pueda lograrse una paz duradera en esta época de omnipotencia del Estado.

IV

El principal obstáculo tanto para intentar estudiar sin prejuicios los problemas sociales, políticos y económicos de nuestro tiempo como para sustituir por una política más satisfactoria la que ha dado por resultado la crisis actual de la civilización es el terco e intransigente dogmatismo de nuestra época. Se ha adueñado de las mentes un nuevo tipo de superstición —el culto al Estado. La gente pide el ejercicio de métodos de coacción y de compulsión, de violencia y de amenaza. ¡Desdichado quien no doble la rodilla ante los ídolos de moda!

El caso es palmario en la Rusia y en la Alemania de hoy. El tema no queda resuelto con llamar bárbaros a los rusos y a los alemanes y con decir que esas cosas no pueden suceder en las naciones occidentales, más civilizadas. En Occidente no quedan ya más que unos pocos amigos de la tolerancia. Los partidos

de izquierda y de derecha recelan en todas partes de la libertad de pensamiento. Es muy característico que en estos tiempos de desesperada lucha contra la agresión nazi un distinguido escritor inglés filosoviético haya tenido la audacia de defender la causa de la inquisición. «La inquisición —dice T.G. Crowther— «beneficia a la ciencia cuando protege a una clase en ascenso.»¹ De ahí que «el peligro o el valor de una inquisición dependa de que sea utilizada por una clase gobernante reaccionaria o progresista».² Ahora bien, ¿qué significa «progresista» y «reaccionario»? Sobre este punto disienten notablemente Harold Laski y Alfred Rosenberg.

Cierto que fuera de Rusia y de Alemania los disidentes no corren aún el riesgo de verse ante el pelotón de fusilamiento o de morir lentamente en un campo de concentración.³ Pero son pocos los que están dispuestos a prestar una atención seria a las opiniones disidentes. Si alguien intenta poner en tela de juicio las doctrinas del estatismo o del nacionalismo, apenas habrá quien sopesa sus argumentos. Se ridiculiza al hereje, se le injuria y se le ignora. Se ha llegado a considerar como insolencia o infamia criticar las opiniones de grupos poderosos o de partidos políticos, o dudar de los beneficiosos resultados de la omnipotencia estatal. La opinión pública ha adoptado una serie de dogmas para atacar a los cuales hay cada vez menos libertad. En nombre del progreso y de la libertad quedan fuera de la ley el progreso y la libertad.

¹ Crowther, *Social Relations of Science* (Londres 1941), p. 333.

² *Idem*, p. 331.

³ También el fascismo es un sistema totalitario de implacable opresión. Sin embargo, entre el fascismo, por una parte, y el nazismo y el bolchevismo, por otra, hay unas leves diferencias. El filósofo e historiador Benedetto Croce ha vivido en Nápoles, muy vigilado por la policía, pero en libertad para escribir y publicar varios libros embebidos de espíritu democrático y de amor a la libertad. El profesor Antonio Graziadei, ex diputado comunista italiano, ha seguido profesando sus ideas comunistas y, sin embargo, ha vivido en Italia y escrito y publicado (en las principales editoriales italianas) libros de un marxismo ortodoxo. Hay más casos de ese género. Esos hechos excepcionales no alteran los rasgos característicos del fascismo, pero el historiador no tiene derecho a ignorarlos.

Toda doctrina que recurre a la fuerza policial o a otros métodos de violencia revela su debilidad interna. Si no tuviéramos otras maneras de juzgar las doctrinas nazis, el mero hecho de que se refugien tras la Gestapo sería prueba suficiente contra ellas. Las doctrinas que resisten el juicio de la lógica y de la razón no necesitan perseguir a los escépticos.

Esta guerra no la ha ocasionado únicamente el nazismo. A traer el desastre contribuyó, tanto como los acontecimientos de la evolución interna alemana, el hecho de que las demás naciones no supieron detener a tiempo el curso del nazismo ni levantar barreras contra una nueva agresión alemana. Las ambiciones de los nazis no eran ningún secreto. Ellos mismos las anunciaron en innumerables libros y folletos y en cada número de sus muchos diarios y revistas. Nadie puede reprocharles que hayan preparado sus complots clandestinamente. Quien tenía oídos para oír y ojos para ver no podía menos de estar enterado de sus aspiraciones.

La responsabilidad de la situación actual en el mundo incumbe a las doctrinas y a los partidos que han dominado el curso de la política en las últimas décadas. Acusar al nazismo es una extraña manera de exculpar a los culpables. Por supuesto, los nazis y sus aliados son gente perversa. Pero la principal finalidad de la política debería consistir en proteger a las naciones contra los peligros derivados de las actitudes hostiles de esta gente. Si no hubiera gente así, no serían necesarios los gobiernos. Quienes están en situación de dirigir las actividades de los gobiernos y no consiguen impedir el desastre, dan pruebas de que no estaban a la altura de su función.

En los últimos veinticinco años no ha habido más que un problema político: evitar la catástrofe de esta guerra. Pero los políticos estaban ciegos o fueron incapaces de hacer algo que evitara el inminente desastre.

Los partidos de izquierda están en la feliz situación de gentes a quienes una revelación les ha definido el bien y el mal. Saben que la fuente de todos los males está en la propiedad privada, y que el control público de los medios de producción

hará de la tierra un paraíso. Se lavan las manos de toda responsabilidad. Esta guerra «imperialista» es, como todas las guerras, simplemente fruto del capitalismo. Pero si pasamos revista a la actividad política de los partidos socialistas y comunistas de las democracias occidentales, averiguaremos fácilmente que hicieron todo lo posible para animar a los nazis a perpetrar su agresión. Esos partidos propagaron la doctrina de que lo mejor para detener a los nazis y a los demás poderes del Eje era el desarme y la neutralidad. No se proponían ayudar a los nazis. Pero no habrían actuado de otra manera si hubiera sido ésa su intención.

Los ideales de la izquierda están plenamente realizados en la Rusia soviética. Allí impera el marxismo; allí no gobierna más que el proletariado. Pero la Rusia soviética ha fracasado más lamentablemente que ninguna otra nación en evitar la guerra. Los rusos sabían muy bien que los nazis aspiraban a conquistar Ucrania. No obstante, se portaron como quería Hitler que se portaran. Su política contribuyó mucho al progreso del nazismo en Alemania, al rearme alemán y, por último, a que estallara la guerra. No les disculpa el que recelaran de las naciones capitalistas. Nadie puede negar que el pacto de agosto de 1939 trajo el desastre a Rusia. Stalin hubiera servido mucho mejor a su país colaborando con Inglaterra que pactando con los nazis.

Lo mismo puede decirse de los demás países europeos. Sería difícil imaginar una política más fatua que la de Polonia cuando en 1938 se anexionó parte de Checoslovaquia, o que la de Bélgica cuando en 1936 abandonó la alianza con Francia. La suerte de los polacos, checos, noruegos, holandeses, belgas, griegos y yugoslavos es digna de una profunda compasión. Pero no se puede menos de afirmar que ellos mismos colaboraron para caer en la desgracia. Esta Segunda Guerra Mundial no habría estallado si los nazis hubieran tenido la convicción de que el primer día de hostilidades iban a encontrar un frente unido y adecuadamente armado de Inglaterra, Francia, Rusia, Estados Unidos y todas las pequeñas democracias de Europa dirigidas por un mando único.

Una investigación de las causas fundamentales del progreso del nazismo debería probar no sólo cómo la situación interna alemana engendró el nazismo, sino también por qué las demás naciones no consiguieron evitar el desastre. Desde el punto de vista de los ingleses, los polacos o los austriacos, la pregunta principal no es ¿qué tienen de malo los nazis?, sino ¿qué había de malo en nuestra política respecto a la amenaza nazi? Ante el problema de la tuberculosis, los médicos no preguntan ¿qué hay de malo en los gérmenes?, sino ¿qué hay de malo en nuestros métodos para evitar la difusión de la enfermedad?

La vida consiste en adaptarse a la situación real y tener en cuenta las cosas como son, no como quisiéramos que fueran. Sería más agradable que no hubiera ni gérmenes ni bárbaros peligrosos. Pero quien quiere triunfar tiene que fijar la vista en la realidad y no abandonarse a sueños caprichosos.

No hay esperanza de volver a una situación más satisfactoria si la gente no comprende que ha fracasado completamente en el principal problema de la política contemporánea. Todas las doctrinas políticas, sociales y económicas actuales, y todos los partidos y grupos de presión que las aplican, están condenados por una inapelable sentencia de la historia. Del porvenir no se puede esperar nada si los hombres no se dan cuenta de que van por el mal camino.

No es signo de hostilidad contra ninguna nación demostrar que su política se equivocó de arriba abajo y que ha tenido como resultado un desastroso fracaso. No es signo de hostilidad contra los miembros de ninguna clase, grupo u organización señalar en qué se equivocaron y cómo han contribuido a la insatisfactoria situación actual. La principal labor de la ciencia social contemporánea consiste en desafiar los tabúes mediante los cuales las doctrinas establecidas tratan de proteger contra la crítica sus falacias y sus errores. Quien ante la tremenda catástrofe, cuyas consecuencias no se pueden ver todavía del todo, siga creyendo que hay doctrinas, instituciones o políticas que están más allá de toda crítica, no ha comprendido el significado de los presagios de catástrofe.

Que el ejemplo de Alemania nos sirva de advertencia. La *Kultur* alemana quedó sentenciada el día de 1870 en que uno de los científicos alemanes más eminentes —Emil du Bois-Reymond— pudo proclamar públicamente, sin que nadie le contradijera, que la Universidad de Berlín era «la guardia de corps intelectual de los Hohenzollern». Donde las universidades se convierten en cuerpos de guardia y los universitarios se afanan en alistarse en un «frente científico», las puertas quedan abiertas a la barbarie. Es inútil adoptar métodos totalitarios para luchar contra el totalitarismo. La libertad no puede ser conquistada más que por hombres dedicados incondicionalmente a los principios de la libertad. El primer requisito para un orden social mejor es el retorno a la ilimitada libertad de pensamiento y de palabra.

V

Quien quiera comprender la actual situación política debe estudiar la historia. Debe conocer las fuerzas que originaron nuestros problemas y conflictos. El conocimiento de la historia es indispensable para quienes quieren edificar un mundo mejor.

Desgraciadamente, los nacionalistas se acercan a la historia en otro estado de ánimo. El pasado no es para ellos fuente de información y de instrucción, sino un arsenal de armas para hacer la guerra. Buscan hechos que puedan ser usados como pretextos y excusas de sus agresiones y opresiones. Si los documentos disponibles no se los proporcionan, no titubean en desfigurar la verdad ni en falsificarlos.

A comienzos del siglo XIX un checo falsificó un manuscrito para probar que los checos habían llegado en la Edad Media a un alto grado de civilización y producido hermosas obras literarias. Durante muchos años los checos cultos insistieron fanáticamente en la autenticidad de aquel poema, y su lectura e interpretación constituyó el tema principal de la enseñanza de la literatura checa en los colegios estatales de la antigua Austria. Unos cincuenta

años después un alemán falsificó la crónica de la Ura Linda para demostrar que los «nórdicos» crearon una civilización más antigua y mejor que la de cualquier otro pueblo. Hay todavía profesores nazis que no están dispuestos a reconocer que esa crónica es una torpe falsificación de un palurdo incompetente y estúpido. Pero supongamos, para fines de discusión, que esos documentos son auténticos. ¿Qué demostrarían en favor de las aspiraciones nacionalistas? ¿Justifican a los checos para negar autonomía a varios millones de alemanes y eslovacos, o a los alemanes para negar autonomía a todos los checos?

Ahí está, por ejemplo, la absurda disputa de si Copérnico era polaco o alemán. Los documentos disponibles no resuelven el problema. Por lo pronto se puede afirmar que Copérnico se instruyó en escuelas y universidades cuyo único idioma era el latín; que no conocía más libros de matemáticas o de astronomía que los escritos en latín o en griego; y que él mismo no escribió sus tratados más que en latín. Pero supongamos, para fines de discusión, que era hijo de padres cuyo idioma era el alemán. ¿Justificaría eso los métodos de los alemanes al tratar con los polacos? ¿Disculpa eso a los maestros alemanes que en la primera década de nuestro siglo apaleaban a niños cuyos padres se oponían a que el catecismo alemán sustituyera al polaco en las escuelas de las provincias polacas de Prusia? ¿Autoriza eso hoy a los alemanes a matar mujeres y niños polacos?

No tiene sentido aducir razones históricas o geográficas en apoyo de ambiciones políticas que no resisten la crítica de los principios democráticos. El gobierno democrático puede salvaguardar la paz y la cooperación internacional porque no aspira a oprimir a otros pueblos. Si algunos pueblos pretenden que la historia o la geografía les da derecho a subyugar a otras razas, naciones o pueblos, no puede haber paz. Es increíble cuán profundas son las raíces de las perversas ideas de hegemonía, dominación y opresión incluso entre nuestros contemporáneos más distinguidos. Salvador de Madariaga es uno de los hombres más dotados a nivel internacional. Universitario, estadista y escritor, le son perfectamente familiares las lenguas y las literaturas

francesa e inglesa. Es demócrata, progresista y entusiasta de la Sociedad de Naciones y de todos los esfuerzos en pro de una paz duradera. A pesar de todo, sus opiniones acerca de los problemas políticos de su propio país están animadas por un espíritu de intransigente nacionalismo. Condena las aspiraciones de los catalanes y los vascos a la independencia y propugna la hegemonía de Castilla por razones raciales, históricas, geográficas, lingüísticas, religiosas y económicas. Se comprendería que refutara las aspiraciones de esos grupos lingüísticos fundándose en que es imposible trazar unas fronteras indiscutibles y que, por lo tanto, su independencia no sólo no eliminaría sino que perpetuaría las causas del conflicto; o que propugnara la transformación del Estado español de hegemonía castellana en un Estado en que los grupos lingüísticos gozarían de libertad para usar su propio idioma. Pero no es ése su plan. Madariaga no propugna la sustitución de un Estado español dominado por Castilla por un gobierno supranacional de los tres grupos lingüísticos —castellanos, catalanes y vascos. Su ideal para España es la supremacía de Castilla. No quiere que «España abandone en una generación la labor de tres siglos».⁴ Sin embargo, esa labor no la realizaron los pueblos en cuestión; fue el resultado de matrimonios dinásticos. ¿Es justo oponer a las reclamaciones catalanas el hecho de que en el siglo XII el Conde de Barcelona se casó con una hija del rey de Aragón y de que en el siglo XV el rey de Aragón se casó con la reina de Castilla?

Madariaga va aún más allá y niega a los portugueses el derecho a la autonomía estatal. Porque «el portugués es un español con la espalda vuelta a Castilla y los ojos en el Atlántico».⁵ ¿Por qué, entonces, España no se anexionó Portugal? Madariaga da una extraña respuesta: Castilla no podía casarse a la vez con el Este y con el Oeste; quizá Isabel, «al fin mujer... prefiriese Fernando a Alfonso por su belleza, pues también esas cosas hacen historia».⁶

⁴ Madariaga, *Spain*, Londres 1942, p. 176.

⁵ *Idem*, p. 185.

⁶ *Idem*, p. 187.

Madariaga está en lo justo al citar a un eminente escritor español, Ángel Ganivet, en apoyo de que la unión de España y Portugal debe ser fruto «de la libre voluntad de ambas». ⁷ Pero la cuestión es que los portugueses no desean la soberanía castellana o española.

Todavía más asombrosas son las opiniones de Madariaga en materia de política exterior y colonial por parte de España. Hablando de las colonias españolas en América, dice que la monarquía española las organizó «fiel a su principio rector: la hermandad de todos los hombres». ⁸ No obstante, a Bolívar, San Martín y Morelos no les gustaba esa clase especial de fraternidad. Madariaga trata después de justificar las aspiraciones de España en Marruecos aludiendo a la «claridad de fines y el vigor de medios que aconsejaban la historia y la geografía». ⁹ Para un lector sin prejuicios apenas hay diferencia entre esa «claridad de fines» y las fuerzas místicas a las cuales se refieren Hitler, Mussolini y Stalin al anexionarse países pequeños. Si la «claridad de fines» justifica las ambiciones de España en Marruecos, ¿no justifica igualmente los apetitos de Rusia en los países bálticos y en la Georgia caucásica, las aspiraciones alemanas respecto a Bohemia y Holanda, y los títulos de Italia a la supremacía en el Mediterráneo?

No podemos borrar el pasado en nuestros recuerdos. Pero la labor de la historia no consiste en crear nuevos conflictos haciendo que revivan odios muertos hace mucho tiempo y buscando en los archivos pretextos para nuevos conflictos. No tenemos que vengar crímenes cometidos hace siglos por reyes y conquistadores; tenemos que crear un orden mundial nuevo y mejor. Carece totalmente de relevancia para los problemas de nuestro tiempo si el secular antagonismo entre rusos y polacos lo inició la agresión rusa o la agresión polaca, ni si las atrocidades cometidas en el Palatinado por los mercenarios de Luis XIV fueron más espantosas que las cometidas por los nazis.

⁷ *Idem*, p. 197.

⁸ *Idem*, p. 49.

⁹ *Idem*, p. 200.

Tenemos que impedir de una vez por todas la repetición de esas infamias. Sólo esa finalidad puede elevar la guerra actual a la dignidad de la más noble empresa humana. El primer paso hacia la libertad y la paz es la implacable aniquilación del nazismo. Ni el destino, ni la historia, ni la geografía, ni la antropología deben impedirnos elegir los métodos de organización política que pueden traer una paz duradera, la cooperación internacional y la prosperidad económica.

Primera Parte

El colapso del liberalismo alemán

1. *El liberalismo alemán*

1. *El antiguo régimen y el liberalismo*

Es un error fundamental creer que el nacional-socialismo es un renacimiento o una continuación de la política y mentalidad del antiguo régimen o una expresión del «espíritu prusiano». Nada en el nazismo retoma las ideas y las instituciones de la historia anterior de Alemania. Ni el nazismo ni el pangermanismo, del que el nazismo surge y cuya subsiguiente evolución representa, se derivan del prusianismo de Federico Guillermo I o de Federico II llamado el Grande. El pangermanismo y el nazismo jamás se propusieron restaurar la política de los electores de Brandeburgo y de los cuatro primeros reyes de Prusia. A veces proclamaron como fin de su empeño el retorno al perdido paraíso de la antigua Prusia; pero se trataba tan sólo de propaganda para consumo de un público que adoraba a los héroes de tiempos pasados. El programa del nazismo no aspira a la restauración de algo pasado, sino a la instauración de algo nuevo y sin precedentes.

El viejo Estado prusiano de la casa Hohenzollern lo destruyeron completamente los franceses en los campos de batalla de Jena y de Auerstadt (1806). El ejército prusiano se rindió en Prenzlau y Ratkau, y las guarniciones de las fortalezas y ciudadelas más importantes capitularon sin disparar un tiro. El rey buscó refugio en el zar, a cuya intervención se debió la conservación de su régimen. Pero el viejo Estado prusiano estaba deshecho internamente mucho antes de esa derrota militar; cuando Napoleón le dio el golpe de gracia llevaba mucho